

# Mi tercera vida

**M**e despierto bañada en sudor. Es muy temprano, no son siquiera las seis de la mañana. La noche ha sido corta e intranquila. Sueños pesados y sombríos me han despertado una y otra vez. Abro nuevamente los ojos, pero las terribles imágenes vuelven a desfilarse ante mis ojos como en una película: un cuarto de hotel barato y estrecho, con papel amarillento en las paredes. Sobre una gran cama yace una niña de diez, máximo doce años. Está desnuda. Cuatro mujeres adultas están de pie alrededor de la cama y la sujetan. Ante sus piernas abiertas hay una anciana sentada con un escalpelo en la mano. Las sábanas, empapadas de sangre, se han teñido de un rojo subido. La niña no para de gritar. Grita directamente a mi corazón.

Ese grito me ha despertado una y otra vez. Y es incluso como si retumbara en la habitación. Consternada, me levanto y voy a la cocina a buscar un vaso de agua. Miro por la ventana, empieza a amanecer. Estoy en Viena, nadie grita, no ha sido más que un sueño... Procuero tranquilizarme.

Ayer mismo por la noche he regresado de Cardiff tras un viaje de fin de semana. Antes de trasladarme a Viena viví casi dos años en la capital galesa. Lo único que pretendía era encontrarme con amigos y relajarme un poco, esperaba con impaciencia esos dos días reparadores, pero las cosas ocurrieron de otra manera. El día previo a mi partida fui invitada a almorzar en casa de unos amigos. Era un grupo animado,

todos nos conocíamos de antes y teníamos muchísimas cosas que contarnos. Mariame, uno de los hombres más jóvenes, era el único que permanecía todo el rato en silencio. Me extrañó que durante la comida me mirara varias veces con insistencia, pero no comprendía el significado de esas miradas. Cuando por fin tuve que marcharme y me había despedido ya de todos, me acompañó hasta la puerta. Aproveché la oportunidad para preguntarle qué ocurría.

–Waris –me respondió–, admiro tu fortaleza. Ahora sé finalmente a qué tormentos van ligadas las ablaciones. Me gustaría ayudar a concienciar a la gente sobre el tema. Muchos ignoran por completo este problema. Las intervenciones se realizan sencillamente porque es una tradición muy arraigada. Nadie reflexiona sobre las consecuencias.

No pude evitar una sonrisa. Cada vez hay más hombres que rechazan la ablación de las niñas. Eso me infunde valor. Si todo fuera ya parte del pasado...

De pronto, Mariame se puso muy serio y me dijo:

–En realidad quería hablarte de otra cosa. Hace pocos días llegó a mis oídos una historia tremenda.

Y entonces me contó acerca de una familia africana de Cardiff que quería someter a su hija de diez años a la ablación. Alquilaron una habitación de hotel y encargaron a una anciana libanesa la ejecución del inhumano ritual a cambio de doscientas libras. La anciana erró el corte y la niña empezó a perder tanta sangre que hubo que llevarla al médico.

–Y así fue como me enteré –dijo Mariame–, porque la niña casi murió desangrada.

–¿Pero nadie llamó a la policía? –pregunté consternada.

–No lo sé –respondió.

–¿Cómo se llama la familia? ¿Dónde vive? ¿Cómo se encuentra ahora la niña? –continué indagando.

Mariame ignoraba los detalles.

–Es también por eso que la historia me abrumba tanto. Sólo sé que ha ocurrido y me siento sencillamente impotente.

No era la primera vez que tenía noticia de una mutilación genital en Europa. A través de mis libros, me he convertido en una especie de símbolo de la lucha contra la mutilación genital femenina, y por esa razón oigo hablar una y otra vez de ese atroz ritual en las familias árabes y africanas. Pero siempre que he querido conocer detalles para poder finalmente denunciar a un culpable, he sido despachada con evasivas. El hecho de que la mutilación genital trasciende las fronteras nacionales de los países de origen, y afecta por ello también a mujeres y niñas en Europa, es un secreto a voces en las comunidades africanas. Hasta el momento no se había revelado mucho más en mi presencia. Pero ahora en Cardiff estaba aparentemente involucrado un médico o un hospital; esta vez podría investigar a fondo.

Utilicé el poco tiempo que aún me quedaba hasta la salida del vuelo para ponerme en contacto telefónico con la mayor cantidad posible de conocidos en Cardiff. ¿Alguien había oído alguna cosa? ¿Sabía alguien de qué niña podía tratarse? Fue verdaderamente decepcionante. Nadie pudo informarme; más aún, nadie quiso hablar sobre ese tema. Tampoco pude averiguar nada a través de los hospitales, la policía u otras instituciones. Finalmente llegó el momento: mi vuelo de regreso a Viena estaba listo para embarcar. Dejé atrás Cardiff, pero la imagen de la niña en la habitación del hotel me acompañó hasta en mis sueños.

Ahora me es imposible pensar en dormirme. Saco mis zapatillas de deportes del armario, me pongo un chándal y bajo a la calle. Correr es la mejor medicina para mí, especialmente en los momentos en que algo me produce un gran desasosiego. Hacer *jogging* me tranquiliza, pero también me permite reflexionar.

Fuera hace frío. Cuando corro a lo largo del río, los primeros escolares están ya de camino a la escuela. Mi mente se despeja poco a poco. ¡Qué hermoso es estar en Austria!, pienso con alivio. Aquí uno puede estar seguro de que a las niñas no les ocurrirá nada.

¿Pero puedo en realidad estar tan segura? ¿Serán los casos de mutilación genital en Europa sobre los que he oído hablar algo más que meros casos aislados? ¿Sucederá lo mismo en todas partes? ¿Incluso aquí, en Viena? Y no puedo menos que pensar otra vez en mis pesadillas. En el grito de la niña en medio de una ciudad industrial europea.

Me acuerdo de las entrevistas que he concedido con ocasión de la publicación de mis libros, de los congresos en que he participado como embajadora especial de la ONU. Siempre hemos hablado de África, siempre me han hecho preguntas sobre Somalia. ¿He hablado alguna vez con una experta europea? No, no lo habría olvidado. No conozco ningún estudio y tampoco cifras sobre la mutilación genital en Europa. ¿Pero es que acaso existen más víctimas? Me siento en el primer banco del parque. Waris, me digo, has de hacer algo. Tienes que encontrar respuestas.

Entonces abrigaba la esperanza de que mis temores no se verían confirmados. Hoy sé que me equivocaba, porque mis sospechas no eran infundadas. La decisión de consagrarme a este tema le daría un nuevo rumbo a mi vida. Ya no soy una «flor del desierto» ni una «hija de nómadas».

Esa mañana comenzó mi tercera vida.

*Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.*

Declaración Universal de los Derechos Humanos,  
Resolución de la ONU del 10 de diciembre de 1948.

Una semana más tarde estoy sentada en un café de la famosa Ringstrasse de Viena. Fuera pasan rechinando los tranvías rojos y blancos, enfrente se levantan antiguos y

monumentales edificios. A mi alrededor, la gente sentada a las mesas lee el periódico. Muchos permanecen aquí horas y horas, a menudo frente a la misma taza de café, y nadie se enfada por ello. Valoro mucho esa típica moderación vienesa. Vivo aquí desde hace ya un año y me agrada mucho. Con frecuencia me preguntan: ¿por qué te has instalado precisamente en Viena? Y siempre contesto lo mismo: ¿Por qué no? Viena es una ciudad maravillosa. Aquí he hecho muchos amigos nuevos. Sí, por fin tengo realmente la sensación de haber llegado a puerto.

He viajado mucho a lo largo de los últimos años. Como embajadora especial de la ONU he dado conferencias por todo el mundo y he intervenido en muchos actos de caridad. No obstante, siempre he tenido la impresión de hacer demasiado poco. Por ello decidí organizar algo por mi cuenta y fundé aquí, en Viena, la Waris Dirie Foundation. Con un pequeño equipo humano recolectamos dinero para proyectos contra la mutilación genital en mi país, Somalia.

De momento estoy muy lejos de Somalia. Espero a Corinna. Ella es politóloga y periodista, y hemos trabajado juntas muchas veces. Se dedica principalmente a buscar para mí datos sobre mujeres en África y a investigar proyectos locales contra la mutilación genital. Hace un par de días le pedí que reuniera cuanto antes todas las informaciones a su alcance sobre este tema en Europa. Llega unos minutos tarde, pero eso importa muy poco a alguien que, como yo, mantiene una relación naturalmente informal con los horarios y las citas. Estoy ansiosa por escuchar lo que tenga para contarme.

Se sienta y deja sobre la mesa un archivador Leitz verde con cientos de páginas.

—Aquí dentro está todo lo que he podido averiguar hasta ahora —dice casi sin aliento.

Pide un café, abre el archivador, coge la primera página y se inclina hacia mí.

–Waris –susurra–, tienes razón. Todos creen que la mutilación genital está retrocediendo, pero eso es completamente falso. Es una práctica que se extiende cada vez más y en muchos países. En Asia, en Europa... Sin embargo, sobre el tema existen sólo informaciones fragmentarias.

Es verdad, pienso. Me han hablado de miles de jovencitas de los países árabes, de Yemen, de Pakistán, a las que les han sido extirpados los órganos genitales. En Indonesia y Malasia surgen más y más casos. Y ahora también en Europa. Pero hasta ahora he sabido muy poco sobre ello: debe de ser sólo un problema marginal.

Eso era al menos lo que creía yo por ese entonces.

Corinna cierra el archivador y me lo entrega diciéndome:

–Lo mejor es que tú misma examines esta documentación. Verás enseguida cuán grande es ya el problema entre nosotros en Europa.

Cojo la primera página y echo una rápida ojeada al texto. Tiene innumerables anotaciones al margen hechas por la propia Corinna. Me detengo en un párrafo: una lista de los nombres con que se designa la gran injusticia a que se nos somete a las mujeres: mutilación genital femenina, MGF; mutilación sexual femenina, MSF; circuncisión femenina; la palabra árabe *khafd*. Corinna ha anotado con lápiz: «¡Ojo! Muchas víctimas encuentran repugnante el término ablación porque minimiza.»

–Es cierto –le digo–. Ablación recuerda a circuncisión masculina, pero no es para nada comparable. Aunque en el fondo me da igual cómo se denomine. Lo que quiero es que se acabe. La MGF no es otra cosa que violencia contra las mujeres, una violación de los derechos humanos. Así lo han declarado también las Naciones Unidas.

Corinna asiente con la cabeza, hojea unos papeles y extrae una hoja con la declaración de la ONU de 1993. Según estimaciones de la ONU y la OMS, la Organización Mundial de la Salud, ciento cincuenta millones de mujeres y niñas

han sido víctimas de ablaciones hasta la fecha. ¡Ciento cincuenta millones! Es probable que la cifra real sea aún mucho, mucho mayor. Porque hay docenas de países reconocidos como «manchas ciegas»: simplemente se ignora si allí existen víctimas y cuántas. Ciento cincuenta millones de mujeres y niñas: son más que la suma de todas las personas que viven en Alemania, Suiza, Austria, Holanda, Bélgica y Dinamarca. Entre las víctimas se cuentan bebés de siete u ocho días, niñas adolescentes y hasta mujeres de treinta años.

Todas las veces que hablo sobre ablaciones no puedo evitar pensar en la mía propia. En este momento vuelvo a tener cinco años y estoy sentada sobre una roca en mi patria somalí. Es muy temprano por la mañana. Tengo miedo. Mi madre está sentada detrás de mí, me ha rodeado con sus piernas y me mete un trozo de raíz en la boca para evitar que me muerda la lengua. «Waris –dice–, sabes que no puedo sostenerte. Estoy aquí completamente sola contigo. Así que pórtate bien, mi pequeña. Sé valiente, hazlo por mí, y verás que todo acaba muy pronto.»

Veo la cara grotesca de esa vieja mujer, la severa expresión de sus ojos muertos, la gastada bolsa de tela de alfombra, sus largos dedos extrayendo una hoja de afeitar rota de la bolsa, la sangre seca sobre el filo de la hoja. Mi madre me venda los ojos. Entonces siento cómo me cortan la carne, cómo me cortan los genitales. Hasta el día de hoy soy incapaz de explicar exactamente esa sensación. No existen las palabras adecuadas para describir ese dolor. Oigo el sonido sordo de la hoja, que penetra una y otra vez en mi piel. Me acuerdo del temblor de mis piernas, de la abundante hemorragia y de cómo intento inútilmente permanecer sentada sin moverme. Envío plegarias al cielo. Y al final me desmayo. Al recobrar el conocimiento, mi primer pensamiento es que, al menos, todo ha terminado. Me han quitado la venda. Veo con toda claridad a la vieja, esa asesina, y el montón de espinas de acacia apiladas a su lado. Cuando comienza a perforarme la piel con

las espinas, el dolor es indescriptible. Luego me cose pasando el hilo blanco por los agujeros. Mis piernas se han entumecido. El dolor es tan atroz que sólo deseo morir.

Puedo ver el rostro de mi madre como si hubiera sucedido ayer. Está firmemente convencida de hacer lo mejor para mí. Lo único correcto. No sé cuántas veces he contado ya mi historia, pero siempre que lo hago tengo la sensación de estar hablando de alguien distinto a mí. Como si la pequeña Waris fuera otra persona.

–¿No desea beber alguna cosa? –me pregunta de pronto un amable camarero vestido con el clásico blanco y negro.

Sorprendida, miro al joven a la cara. Pido un zumo de naranja. ¿Se habrá dado cuenta de que estaba viajando por el valle de mis recuerdos? Corinna está absorta en su documentación, o al menos lo aparenta. Es bastante sensible como para no preguntarme qué me ocurre. Un niño sentado a la mesa contigua me mira a los ojos y me sonrío.

Cojo otro estudio que trata de las consecuencias médicas de la ablación. No necesito leerlas, las conozco bien: los intensos dolores durante la menstruación, los peligros de infección, el miedo al contacto físico. Recuerdo un antiguo proverbio de mi patria somalí: «El amor duele tres veces, durante la ablación, durante la unión con el hombre y cuando nacen los hijos.» A las mujeres mutiladas se les reabre un poco la cicatriz después del casamiento, pero la desinfibulación es casi siempre total antes del parto.

–Sin embargo –le digo a Corinna–, lo peor para nosotras las mujeres no es esto, sino la existencia de esa terrible ley tácita que te obliga a callar. No debes hablar con nadie sobre los dolores.

Necesito hacer una breve pausa, bebo un sorbo de zumo. He sufrido en carne propia mucho de lo que hay aquí escrito. Conozco los dolores, pero el tiempo ha sido magnánimo con mi memoria. Al menos, muchas experiencias ya no están siempre presentes. Pero, desafortunadamente, pueden regresar en cualquier momento, como si jamás se hubiesen ido.

–¿Has encontrado algún estudio, datos, análisis sobre la MGF en Europa? –le pregunto a Corinna.

Ella saca una cuartilla del archivador y señala unos números garabateados: «Francia 70.000, Gran Bretaña 80.000, Italia 35.000.» ¿Cómo? ¿Qué quieren decir esas cantidades? Hay una lista de países africanos y árabes, seguidos de algunos porcentajes. Y debajo, doblemente subrayada, escrita con rotulador rojo, esta cifra: «¡500.000!» Muevo la cabeza con incredulidad y le pregunto:

–¿Qué significa esa cifra? ¿Quinientos mil qué? ¿Tal vez mujeres afectadas? ¿Aquí en Europa? No es posible.

Corinna asiente con la cabeza. Justo cuando va a responderme, la interrumpo.

–Espera –le digo–. Estoy conmocionada. No había contado con medio millón de mujeres afectadas por la MGF en Europa. ¿De dónde has sacado ese dato? ¿Puedes demostrarlo?

Según Corinna, en algunos países europeos existen estadísticas detalladas sobre la cantidad de mujeres inmigrantes provenientes de países donde se practica la MGF. Gracias a la Organización Mundial de la Salud se conoce el porcentaje de mujeres que han sido mutiladas en sus países de origen, y de ese modo se llega a la cantidad de mujeres víctimas de la ablación.

–Pero no existen cifras para todos los países –dice mi amiga–. Y hay muchas mujeres africanas, árabes y asiáticas que carecen de documentación y no aparecen en las estadísticas.

La miro sin comprender. Traga saliva y agrega:

–Eso significa que medio millón es el mínimo.

Tengo que respirar hondo. Todo se desvanece a mi alrededor, por un momento me siento desfallecer. Quinientas mil niñas y mujeres afectadas en Europa. Quinientas mil que vuelven a tener hijas, que se aferran aún más a sus tradiciones cuando no se sienten bien acogidas en Europa. Medio

millón de víctimas aquí, delante de nuestra casa, y es probable que se les sumen más cada día. Y nadie lo sabe, todos se desentienden.

–Corinna –le digo por fin–, quiero conocer todos los detalles. ¿Quiénes son esas mujeres? ¿Cómo viven aquí en Europa? ¿Existen leyes, investigaciones preventivas, ayudas? ¿Cómo son tratadas sus hijas y quién se ocupa del tema en Europa?

No puedo evitar volver a pensar en la historia de Cardiff, la niña en aquella habitación de hotel. Una niña que jamás se recuperará de las heridas físicas y psíquicas sufridas ese día.

–Quinientas mil mujeres son quinientas mil madres potenciales. ¡Hemos de localizarlas, apoyarlas!

Cierro el archivador y tomo una decisión: a partir de hoy dedicaré mi vida a la lucha contra la mutilación genital femenina en Europa. Hasta el día en que todas las niñas se encuentren aquí seguras. Hasta el día en que todo el mundo sea consciente de que la MGF no es cultura, de que la MGF es tortura.

En ese momento no podía saber cuán largo y penoso resultaría el viaje que había decidido emprender.

Al despedirnos, Corinna me dice:

–Busca en Internet, en algún foro de debate. Son páginas en las que todo el mundo puede escribir lo que quiera anónimamente. Te sorprenderá la frecuencia con que se habla allí de la MGF.

–Pero Corinna, si sabes que no tengo ordenador en casa. Además, tampoco tengo mucha práctica en Internet. ¡Encontrémonos mañana en el despacho! Así podrás ayudarme a encontrar las páginas adecuadas.

U nos días más tarde estamos las dos en mi Fundación sentadas delante del ordenador. Desde la ventana se disfruta de una maravillosa vista de Viena. Puedo ver el Danubio y las

montañas al fondo. Todo me produce un efecto armónico y apacible. El contraste con el mundo en que me estoy sumergiendo no podría ser mayor.

Corinna introduce la primera dirección de Internet. Se abre una página con cabecera violeta que incluye numerosos foros sobre el tema. Selecciono el primer artículo y me estremezco: una mujer que por lo visto ha sido víctima de mutilación genital describe con detalle cómo ha traído a su bebé al mundo en medio de indescriptibles dolores, porque su vagina no conseguía dilatarse lo suficiente a causa de la cicatriz. «Poco faltó para que muriera», escribe.

Estoy como paralizada, no puedo despegar los ojos de ese texto. Muy rara vez en mi vida se me ha confiado alguien de forma tan directa sobre la MGF como aquí y ahora. Vuelvo a hacer clic una y otra vez:

MEDYNA: Fui mutilada a los doce años y ahora tengo diecinueve; lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Desde entonces no tengo ganas de vivir. He intentado muchas veces suicidarme y no soporto que un tipo me toque. He jurado, por vergüenza, no mantener jamás relaciones sexuales. Por favor, ayudadme; no es fácil hablar de ello, ésta es la primera vez que lo hago.

MYA: Soy maliense de origen pero de nacionalidad francesa. A los trece años viajé a Malí y allí me mutilaron.

MARISSAM: Jamás he sentido algo agradable cuando he dormido con mi amigo. Sin embargo, como sé que le gusta que diga «sí, así está bien, sigue haciéndolo», se lo he dicho para que al menos él pueda disfrutarlo. Es duro no sentir absolutamente ningún placer cuando se hace el amor con el hombre amado. ¡Es muy, muy duro!

SAMIA: Fui mutilada cuando era muy pequeña, ya no lo recuerdo. He sufrido mucho por ello, porque no lo he comprendido. Tuve relaciones en mi juventud, pero sin disfrutarlas.

MAIA: No sé casi nada sobre la mutilación genital. La sufrí cuando era muy pequeña, pero no recuerdo nada. Lo supe porque un día me lo contó mi madre. Me dijo también que no experimentaría ningún placer durmiendo con un hombre. Eso me atemorizó. He tenido grandes problemas con los hombres porque jamás quise irme con uno a la cama; pensaba que eso no iba conmigo. No entiendo a la gente que está a favor de la mutilación genital. Me pone furiosa. Yo nunca pedí que me lo hicieran. ¿Quién tiene el derecho de quitarme lo que me pertenece?

Las hijas del dolor hablan sin rodeos. En el anonimato de la red se atreven a hablar de su destino. Aquí se comunican con otras afectadas, aquí buscan consejo, aquí muchas expresan por primera vez su dolor. A lo largo de una hora, he leído docenas de comentarios semejantes. Algunos me llegan al alma de una manera muy especial: proceden de jóvenes que, por lo visto, no tienen a nadie con quien hablar fuera del anonimato de Internet. ¿Por qué en ninguna otra parte se habla abiertamente sobre esta pesadilla?

Esas mujeres necesitan apoyo urgente. Creo que no es posible solucionar semejantes problemas sin ayuda. Sigo buscando textos y topo por casualidad con Kadi. Por lo visto, entra a menudo en los foros de Internet, a veces incluso cada día. Al azar, hago clic en uno de sus comentarios y enseguida me siento atrapada:

«¡Por favor, ayudadme! Me han sometido a la ablación cuando tenía cuatro años. Mis padres me llevaron a mi país de origen para hacérmelo. No me interesa en lo más mínimo tener una relación amorosa. Mujeres mutiladas, por favor, explicadme qué es lo que sentís realmente. ¿Es cierto lo que cuentan los médicos? Gracias a todas las que puedan ayudarme. Estoy desesperada.»

Hay algo en ella que me fascina. Tal vez sea su templanza, o la inseguridad que manifiesta en la relación con su cuerpo y su sexualidad; lo que la impulsa, en todo caso, me recuerda mucho a mi propia vida. Por eso decido ponerme en contacto con ella. «Querida Kadi –le escribo–, he leído tus comentarios, y tu destino me ha impresionado profundamente. Has de saber que no estás sola con tus problemas. Si puedo serte de alguna ayuda, escíbeme.»

De momento, tengo suficiente y apago el ordenador.

Kadi responde unos días más tarde. A partir de ese momento nos comunicamos con regularidad, y en la primera época con particular intensidad. Ella me describe su vida y yo le informo acerca de mis todavía ambiguos planes de lucha contra la MGF en Europa.

«Nací hace cincuenta años en París y vivo con mis hermanas en el distrito 14 –escribe–. Mis padres provienen de Malí, más precisamente de la etnia bambara. Mi padre es polígamo, ha tenido tres mujeres y un total de veintidós hijos. Mi madre murió hace seis años como consecuencia de una práctica médica errónea que le aplicaron durante un parto. Lo supe hace poco tiempo y me ha conmovido profundamente. Estoy segura de que todo eso no habría ocurrido si mi madre no hubiera estado mutilada.

»Respeto la poligamia de mi padre. El hecho de tener tres madres nunca ha sido chocante para mí, me parecía más bien normal. Casi todas las familias de Malí son polígamas. Mi prima tiene veintisiete años y vive desde hace dos en Francia. Su esposo tiene sólo una mujer, y ella se queja por eso. Realmente no la comprendo. Dice que cuando se muera no habrá nadie más que se ocupe de su marido...

»Mi padre tiene trece hijas. Ha hecho mutilar a once de ellas. Las dos mayores nacieron en Malí, de modo que pudo hacerlo sin ningún problema. La tercera nació en Francia y fue mutilada aquí, antes de la prohibición que rige

desde 1983. No sé dónde le fue practicada la operación ni quién la realizó.

»A mí me pasó durante un viaje a Malí con mi madre, en un bosque, lejos del pueblo de mi padre. Recordaba que me habían hecho mucho daño. Pero mis recuerdos eran borrosos, y no sabía a qué se referían; hasta que vi imágenes de otro caso y leí una explicación sobre el tema. Entonces lo comprendí todo, y me quedé consternada.

»En aquel entonces debía de tener cinco años. Más tarde, una prima me contó que yo había estado a punto de morir. Puedo recordar que la sangre no cesaba de fluir. Tras nuestro regreso a Francia, la practicante perdió su trabajo porque nadie quería confiarle a sus hijas. A la mujer le faltaba también un dedo.

»Recuerdo que los adultos me sujetaban por los brazos y las piernas. Recuerdo también que chillaba y pateaba con todas mis fuerzas. Que me ataron un extraño trozo de tela que servía de correa alrededor de la cintura, y me acuerdo perfectamente de haber visto la carne blanca entre mis piernas. Después de eso quedé muy alterada y no podía caminar, y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas (...). Todavía tiemblo al pensar en lo que me hicieron sin anestesia cuando niña.

»Más tarde tuve muchas pesadillas. Tenía miedo de que atacaran a mis dos hermanas pequeñas, que aún seguían intactas. No pasa ni un solo día sin que piense en ello. Cuando veo a mis compañeras de clase, o simplemente a cualquier mujer por la calle o en el metro, pienso en que a ellas no se les ha arrebatado nada, y me pregunto por qué me hicieron algo así precisamente a mí. ¡Pero tal vez la vida sea así!

»He pensado incluso en acudir a un psicólogo, porque no tengo nadie a quien poder confiarme: nadie en mi familia ni nadie en mi entorno (...).

»La mutilación genital femenina es un tema completamente tabú. Mi padre no habló jamás de ello con nosotras, ni

nunca le oí hablar de ello con los demás. La primera de mis madrastras está a favor, y la segunda en contra. La segunda ha conseguido incluso intimidar a su hermana menor, que quería a toda costa que se le practicase la ablación a su segunda hija pese a las advertencias de la policía, a la que no le había pasado inadvertida la carnicería sufrida por la primera hija (...).

»Actualmente me siento disminuida. En tu libro *Flor del desierto*, querida Waris, me he reconocido. Durante mucho tiempo he sentido un gran miedo a los hombres y me he jurado no tener jamás relaciones sexuales. Hasta ahora he tenido un único amigo. Seguimos estando juntos. Nos conocemos desde hace un año y tres meses, pero no pasa nada entre nosotros. Le he dicho que prefiero esperar hasta que estemos casados porque mi religión –yo soy musulmana– me lo ordena. Pero ése no es el verdadero motivo. Él proviene también de una familia maliense, pero no sospecha nada, y aún no sé cómo decírselo. En realidad no quisiera decírselo nunca, pero algún día no podré evitar hablar de ello con un hombre. De momento prefiero esperar.

»Es cierto que los hombres africanos, en especial los nacidos en Francia, saben muy poco de lo que se les hace a sus hermanas en su país de origen. No creo que mis hermanos tengan tampoco la menor idea de lo que ocurre. En casa nadie habla de ello.

»Jamás en mi vida he hablado con alguien de nada de lo que acabo de contar. Me ha hecho bien hablar de ello.»

A lo largo de los últimos meses he leído una y otra vez los mensajes de Kadi. Me han dado ánimo para seguir luchando, precisamente en los momentos en que el trabajo era superior a mis fuerzas. Kadi se convirtió en una especie de faro. Su destino fue para mí una señal y al mismo tiempo un cometido. Gracias a ella descubrí que las mujeres mutiladas han de enfrentarse en Europa a un problema adicional: al hecho

de vivir en dos mundos, en el mundo africano de sus padres y en el mundo europeo en que han nacido y crecido.

Por desgracia, la mutilación genital es algo normal en mi país. Las mujeres no conocen otra cosa y todas tienen por ello graves problemas a nivel físico, psicológico y sexual, pero todas luchan contra esas mismas consecuencias. Las mujeres jóvenes que crecen en Europa perciben que son diferentes. Y eso es una carga muy pesada: no pueden confiarse a nadie, porque si lo hacen desacreditan a su familia y su cultura.

He dictado muchas conferencias en colegios europeos. Las alumnas y los alumnos han reaccionado siempre con verdadero espanto. ¿Qué suscitan estas reacciones en los que provienen de aquellas culturas? ¿Cómo han de sentirse cuando oyen hablar de «costumbres bárbaras» y «torturas inconcebibles»? Porque se están refiriendo a sus familias. No es de extrañar que la mayoría busque aislarse y prefiera quedarse a solas con sus problemas.

**H**e creado un pequeño equipo de investigación con algunas amigas: Corinna, Lea y Julia, dos jóvenes periodistas. Las tres son grandes expertas en cuestiones de derechos humanos. Entretanto, tenemos también muy claro que la mutilación genital constituye un grave problema en Europa. En cada país europeo existen millares de víctimas, y millares de personas que saben dónde y por quiénes son realizadas las intervenciones. Pero fuera de ese grupo de «enterados» nadie llega a saber nada del asunto. Por lo visto, la red es bastante impenetrable. ¡Me parece inconcebible!

Nos encontramos para hablar del tema en un pequeño restaurante de pescado del Naschmarkt, famoso y multicultural mercado vienés. Me gusta mucho este lugar de Viena: aquí se exponen montañas de frutas y verduras, los comerciantes llegan de todos los rincones del mundo, y el gran

bullicio me recuerda un poco a los mercados de África. Incluso se consiguen sin problemas productos africanos tan especiales como la mandioca y los plátanos. Cuando entro en el restaurante, Julia y Corinna están sentadas ya a una mesa y discuten con vehemencia ante una pila de archivadores, carpetas y papeles.

—Ante todo comeremos —les digo con determinación mientras aparto los montones de documentos.

En ese momento se nos une Lea. Ella ha centrado su investigación en Austria, donde la situación legal no es, al fin y al cabo, tan laxa como en otros países europeos. En el año 2002 se ha incorporado incluso un artículo en el código penal, y la MGF está considerada una lesión corporal para la que se prevé una pena de hasta diez años de prisión. El que exista esta ley se ha de agradecer de nuevo a una investigación clandestina con la que la revista de actualidad austriaca *profil 2000* pretendía averiguar si en Austria hay médicos que practican la mutilación genital.

—He seguido el asunto y hablado con algunos implicados —nos cuenta Lea. Y la información que nos proporciona es harto alarmante.

Ala (nombre ficticio) nació en Austria. Su padre es árabe y su madre austriaca. Acudió al médico, un cirujano, como una mujer árabe que quiere casarse con un egipcio. Le dijo que su problema es que ya no es virgen y que, por ese motivo y a petición de su futuro marido, quiere someterse a una «ablación purificadora». El médico aceptó de inmediato practicar la intervención, con los instrumentos, apósitos y medicamentos necesarios. El instrumental quirúrgico lo había comprado a un hospital de Viena y en mercados de pulgas. A ella le dijo: «Pero no se preocupe, no son lotes de lata oxidada.» Y también que quería realizar la operación en una vivienda privada porque tiene la ventaja de que la paciente puede dormir todo lo que necesite tras la intervención. Después de todo, el riesgo de que se produzcan fuertes hemorra-

gias es bastante considerable. Alegó no disponer de consulta propia, pero que no obstante podía alquilar el consultorio de un colega por setenta euros, o bien utilizar las instalaciones de una colega con la que acababa de hablar. Que le gustaría grabar la operación con una cámara de vídeo. «Después puedo llevarla a casa en coche. En una situación como ésta es mejor no tomar el tranvía», añadió. Finalmente, tras varias conversaciones previas, se fijó una fecha para la intervención. La operación se realizaría en dos etapas. Y ése fue el momento en que Ala interrumpió todo. El médico la llamó al menos veinte veces en el transcurso de las siguientes semanas. Quería realizar la operación a toda costa. Le propuso incluso hacerla gratis, «como regalo de boda», dijo. Lo único que le cobraría serían los setenta euros del alquiler.

Unas semanas más tarde, el equipo de *profil* se puso en contacto con el cirujano y lo confrontó con los resultados de la investigación clandestina. El médico se justificó diciendo que sólo habría practicado la intervención si la misma hubiera sido completamente legal. Y que además había querido evitar males mayores. Una excusa que no le sirvió para enmascarar sus verdaderas intenciones. «De todas maneras, si Ala hubiera acudido a otra persona, podrían haberle extirpado totalmente el clítoris. Eso hubiera sido una chapuza quirúrgica», agregó.

–He hecho pesquisas –termina Lea muy indignada su exposición–, y el médico sigue ejerciendo. Al menos, tras el incidente, se promulgó una ley contra la mutilación genital femenina. En Austria, actualmente se prohíbe también la mutilación genital en el caso de que la propia mujer lo solicite.

–Al menos –repito yo–. Eso no suena tan mal.

–El asunto se presenta muy bien sobre el papel –continúa Lea–, pero no en la realidad. Hasta ahora no se ha celebrado ni un solo proceso. Ni un solo culpable ha sido llevado ante los tribunales.

–¡Pero eso no es posible! –digo con indignación.

–Por supuesto que sí. Te doy otro ejemplo. Según la ley, los padres que hacen que a sus hijas se les practique la ablación en África son considerados inductores. Pero hasta el día de hoy tampoco ha sido denunciado ni un solo inductor. Y eso a pesar de que muchos saben que las jóvenes que van de vacaciones a su país de origen son sometidas a la ablación. Aunque entre nosotros también sucede.

–Pero entonces, ¿cómo es posible que no haya denuncias? –pregunto–. ¿Debe de haber también organizaciones informadas sobre el tema!

–Porque sucede lo mismo que en los demás países de Europa –responde Lea–. Creo que las organizaciones tienen miedo de perder su contacto con la comunidad africana si permiten que los culpables sean descubiertos. Quien habla es considerado un traidor.

Sacudo la cabeza con incredulidad y extraigo de entre los documentos un estudio de la *African Women's Organisation*, la Organización de Mujeres Africanas con sede en Viena. Lea ha resumido en una página los resultados más importantes de esta representativa encuesta realizada entre mujeres y hombres inmigrantes africanos en Austria. Estoy conternada: el 30,5 por ciento de los encuestados someten a sus hijas a la ablación. Más de tres cuartas partes lo hacen por respeto a la tradición, casi la mitad cree que la MGF es «buena para la moral de la mujer», y una cuarta parte piensa que «las mujeres consiguen con ello un mayor control sobre su sexualidad». La mayoría de los que deciden la mutilación de sus hijas viajan a África por ese motivo, pero el 11,5 por ciento de las intervenciones se practica en Europa, el 1,9 por ciento de las mismas en Austria y el 9,6 por ciento en Alemania u Holanda.

Echo otra vez una rápida ojeada a las cifras y saco la cuenta.

–¡Esto significa que en Europa se han practicado ya miles de mutilaciones genitales! –exclamo con estupefacción. ¿Es posible? ¿Es posible que, ante nuestros ojos, miles de joven-

citas hayan sido sometidas a una horrenda tortura y nadie se haya enterado de nada? ¿Dónde está la gente que hace algo semejante? ¿Se trata de médicos? ¿De enfermeras? ¿De aficionados?

No transcurrió mucho tiempo antes de que descubriera que la respuesta a mis preguntas se encontraba directamente delante de la puerta de mi casa.

**S**egún el estudio de la Organización de Mujeres Africanas, sólo en Austria viven ocho mil mujeres mutiladas. ¿Cómo se las trata aquí, donde mucha gente jamás ha oído hablar de la MGF? ¿Cómo se las arreglan cuando conocen a un hombre o cuando han de acudir a un médico? Y, sobre todo, ¿cómo se las convence para que ahorren ese drama a sus hijas? Poco a poco, voy teniéndolo cada vez más claro: no se trata solamente de averiguar quiénes ejecutan las intervenciones en Europa. Interesarse por las mujeres que acaban de ser mutiladas en el momento de llegar a Austria reviste, cuanto menos, la misma importancia. Desafortunadamente, en mi país es «normal» ser sometida a la ablación. ¿Pero aquí? Aquí se apartan los ojos con repugnancia cuando se oye hablar del tema. Lo sé por propia experiencia.

Lo peor es que, vaya donde vaya, todo el mundo sabe lo que me ha sucedido. Ya no me ven como una mujer; en todas partes me consideran sólo «la mutilada». Cuando escribí mi primer libro me desnudé al decir públicamente: «Mirad, esto es lo que me ha ocurrido. Los hombres ejercieron la violencia sobre mí cuando era una niña. Mutilaron mis órganos sexuales de un modo cruel e inhumano.» Desde entonces, todas las personas que se me acercan quieren saber qué aspecto tengo allí abajo y si puedo tener relaciones sexuales y cómo. No es preciso que me lo digan, lo percibo en sus miradas. Tal vez incluso sea peor que no digan nada y sólo miren con la boca abierta. Aunque sé que la mayoría no lo hace con mala inten-

ción. Muchos quieren ayudarme, ser amables conmigo. Pero las buenas intenciones son con frecuencia lo contrario de lo bueno.

He aquí uno de muchos ejemplos: hace un año se celebró en Austria una feria en la que había un stand donde se vendían mis libros y se recaudaban donativos para mis proyectos en Somalia. Lo primero que llamó mi atención al llegar allí fue un enorme cartel amarillo con la foto de una escena de ablación. Pero lo que me chocó más aún fue la leyenda escrita bajo esa foto con letras mayúsculas: «Conozca a Waris Dirie, una víctima de la ablación.» ¿Quién tiene derecho a tratarme así? Figúrense que una mujer recaude fondos para niños maltratados y que en un cartel se lea: «Conozca a Fulana de Tal, una víctima de los abusos.» ¿Le preguntarían a esa mujer, en todas las entrevistas y antes que nada, qué tal lo pasó cuando su tío abusó de ella a los siete años? No, claro que no. Porque ha de respetarse una cierta esfera íntima.

Pero con nosotras, las víctimas de la MGF, no se observan esos límites. Se nos señala con el dedo y se califica a nuestras sociedades de bárbaras y retrasadas, y mientras tanto no se repara en la falta de humanidad con que se nos trata aquí en Europa. No puedo evitar pensar en todo ello mientras converso con Ishraga Hamid. Nos encontramos en su apartamento de Viena. Vestida con una túnica africana de vistosos colores, me saluda y me invita a tomar asiento en la sala de estar.

Ishraga Hamid Mustafa es maestra titulada y oriunda de Sudán. Esta mujer de cuarenta y tres años ha estudiado periodismo en Jartum y en Austria, y trabaja como lectora en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Viena. Entre 1997 y 2004 ha realizado diversos estudios científicos sobre las condiciones de vida de las mujeres africanas –negras, musulmanas y árabes– en Viena. Ella sabe lo que significa vivir en Europa para una mujer africana.

La voz agradable y juvenil de esta mujer dulce y amable no me deja indiferente. Pese a la ternura que irradia, a lo largo de nuestra charla da la impresión de estar llena de

energía y determinación. Los resultados de sus investigaciones dejan muy poco espacio para las ilusiones. Sólo el 3 por ciento de las africanas encuestadas tienen empleos que corresponden a sus aptitudes, aun cuando el 80 por ciento ha terminado la escuela secundaria e incluso un 37 por ciento tiene una licenciatura.

–Yo misma he tenido que ganarme la vida trabajando como mujer de la limpieza –expone Ishraga Hamid.

–Eso no contribuye precisamente a sentirse aquí como en casa –digo.

Asiente con la cabeza y agrega:

–El ochenta por ciento de las mujeres no se siente en casa en Viena, y todas denuncian que sufren discriminación por su color de piel, su origen y su sexo. La percepción que los europeos tienen de las mujeres africanas es con frecuencia estereotipada, sexista y racista. La afirmación de un austriaco en ocasión de una encuesta en 2001 lo deja bien claro: «Las europeas son buenas en la oficina, las africanas son buenas en la cama.»

En otro estudio, Ishraga Hamid se ocupó de la cuestión de la salud reproductiva, y la ablación es parte del mismo tema.

–Siempre me he opuesto a que ese inhumano ritual sea visto como algo aislado. La ablación sólo podrá ser erradicada si se tiene en cuenta la situación sociopolítica de las mujeres en general.

–¿Qué opinas sobre el papel de los hombres? –le pregunto–. Yo creo que es un factor clave.

–En nuestros países de origen hay muchos hombres que no la aprueban. Pero no existen estudios que demuestren qué piensan realmente sobre el tema. Todas las investigaciones se centran en nosotras. Y resulta sorprendente que en las encuestas muchas mujeres se hayan declarado partidarias de la ablación.

–Lo sé, aunque me cuesta aceptarlo. La mutilación genital es muy dolorosa. Lo sabemos justamente nosotras las mujeres –le digo.

–Pienso que las mujeres no defienden la ablación por convicción, sino porque dependen económicamente de sus maridos. Y procuran satisfacerlos sexualmente.

–¿Qué opinas? ¿Pueden las leyes contribuir a la erradicación de la mutilación genital femenina?

–Las leyes por sí solas no son suficientes, pero constituyen un primer paso. En Sudán, por ejemplo, existe desde hace tiempo una ley que prohíbe la ablación, pero no tiene ningún tipo de repercusión. Yo fomento la educación, que debería ser impartida por mujeres. Sin embargo, la información debería incluir no sólo el tema de la ablación. Las mujeres deberían también ser instruidas sobre los derechos que las asisten, entre ellos el de participar en la decisión acerca de si quieren tener hijos y cuándo.

–Algunas organizaciones que luchan contra la MGF desarrollan esa labor divulgativa –agrego.

–Pero sería importante que se concentraran no sólo en la ablación, sino que abarcaran todo su contexto.

En un primer momento me siento decepcionada. Quería colaborar de forma muy activa con las organizaciones anti-ablación en sus respectivos países para poder difundir ampliamente su obra. Pero compruebo, cada día más, que esas entidades apenas tienen fondos para realizar una labor efectiva de sensibilización. No son suficientemente fuertes para ser oídas. Y trabajan en una zona gris.

Cuando abandono el apartamento de Ishraga Hamid el tiempo ha refrescado. El otoño está a las puertas. Me envuelvo bien en mi chaqueta y me digo: Waris, debes rebelarte. Has de hacer algo por tu cuenta.

**E**n Austria es raro ver mujeres negras por la calle. Tras la conversación con Ishraga Hamid sé que la mayoría no son muy felices aquí, a pesar de que en África tenían una vida tan dura. En Somalia, mi país, las mujeres siguen estando

muchas veces en poder de los hombres, pues ellos pueden comprarlas y venderlas como ganado. Las mujeres, sin embargo, llevan a cuestas la pesada carga del trabajo diario. Traen los hijos al mundo y velan por la alimentación de su familia, pero carecen de todo tipo de derechos: ni a la propiedad, ni a la pensión, ni a la seguridad social. Ellas también figuran, al igual que los niños, entre las primeras víctimas de las numerosas guerras civiles que causan estragos en mi continente de origen. Ocurre lo mismo en Sudán, Somalia, República Popular del Congo, Ruanda y Tanzania. Incluso en países donde reina la paz se hace una «guerra a escondidas», una guerra contra las mujeres, que son azotadas y oprimidas. Y mutiladas.

Pese a todo, las mujeres africanas no son débiles. Por el contrario, hay muchas que, conscientes de su propio valor, se defienden y luchan por sus derechos. Y algo está cambiando. En algunos países, las rígidas estructuras sociales empiezan a desmoronarse poco a poco. Pero las transformaciones fundamentales requieren tiempo. De modo que muchas víctimas sólo tienen una posibilidad: huir. Y sólo pocas mujeres lo consiguen. Algunas llegan a Austria, un país que figura entre los más ricos del mundo. Con el dinero que cuesta aquí comer en un restaurante, una familia podría vivir en África durante una semana, incluso un mes.

–Imagino que las mujeres que han huido de su país a causa de la mutilación genital femenina obtienen en Austria el estatuto de refugiadas sin mayores problemas, ¿no es así? –le pregunto a Lea.

–Te sorprenderá –me responde–. En Austria, la MGF no está reconocida oficialmente como una forma de persecución de género, por la que se otorga asilo a las víctimas. Cuando le pregunté la razón a uno de los empleados responsables, me explicó, naturalmente de forma extraoficial, que resulta muy difícil determinar la credibilidad de las mujeres en cuestión.

Hasta el momento no se ha otorgado ni siquiera diez veces asilo a mujeres por causa de la mutilación genital femenina.

La primera vez se concedió el 21 de marzo de 2002 a una mujer de Camerún que, sin saberlo, había sido prometida allí a un hombre de edad avanzada. Como ya no era virgen, antes de la boda debía someterse a una infibulación, que es la forma más grave de mutilación genital.

Me preocupa ahora averiguar cómo tratan por regla general las autoridades europeas a las mujeres que buscan ayuda. Para ello me pongo en contacto con una solicitante de asilo procedente de Nigeria. Joy (nombre ficticio) vive en un asilo para refugiados en una ciudad europea que no estoy autorizada a revelar. El brazo de la familia que persigue a esta mujer es demasiado largo.

Joy tiene una figura llamativa. Es alta, lleva un maquillaje impecable, sus cabellos son brillantes y están bien peinados. Pertenece a una importante familia de la burguesía culta, ha estudiado en Estados Unidos y habla perfectamente inglés.

La gente que vive en el mismo asilo de refugiados no conoce los problemas de Joy. Y ella tampoco los de ellos porque, según me cuenta de camino al asilo, nadie habla del tema. Todos han huido por las razones más diversas, su formación, sus conocimientos y sus experiencias son también muy diferentes. Las mujeres se ven allí en la necesidad de mantenerse unidas.

Nos dirigimos al primer piso. En los pasillos y la escalera nos encontramos con algunas mujeres. Su tremenda pobreza y su desesperación saltan inmediatamente a la vista. Qué agradable resulta oír unas alegres voces infantiles en un ambiente que produce tanto desconsuelo... Joy pasa muy brevemente a saludar a los asistentes sociales, ya que en el asilo existen reglas muy estrictas: los visitantes han de ser anunciados y sólo pueden ser recibidos en una sala especial para visitas. La habitación es minúscula y parece venida a menos: en un rincón hay una mesa pequeña y vieja, la posibilidad de sentarse la ofrecen dos sillas de plástico y un sillón gastado. De las paredes amarillentas y descoloridas no cuelga ni un cuadro hermoso ni un cartel de colores.

Nos sentamos a la mesa y Joy me cuenta su historia. Mientras habla, gesticula con vehemencia. Interrumpe una y otra vez su relato, se le revuelven las tripas de rabia o da golpes furiosos sobre la mesa con la palma de la mano. Se queja porque no puede trabajar ni moverse libremente. Cuando su hija le pide que le compre algo –casi siempre cosas que los otros niños de la escuela tienen desde hace tiempo–, ha de decirle que por desgracia no puede comprarlo. Cuenta que eso le resulta muy difícil, pero que los trescientos euros de los que dispone para gastos mensuales apenas le alcanzan para los víveres. La valiente mujer espera desde hace un año y medio que le concedan asilo. Su solicitud ha sido rechazada ya una vez, pero ha interpuesto un recurso. La situación le consume los nervios, y eso se le ve en la cara.

–¿Por qué ha venido a este país como refugiada? –le pregunto.

La historia que me cuenta es larga. Y triste. Joy es originaria de una región de Nigeria en la que no se practica la mutilación genital. Sin embargo, cuando se enamoró de un hombre de otra etnia, se fue a vivir a su casa, en otra región del país. Sólo allí tuvo conciencia de que en esa zona de Nigeria existía esa tradición. El marido de Joy jamás se lo había mencionado, puesto que no le molestaba que ella no estuviera circuncidada.

Los problemas comenzaron cuando Joy se quedó embarazada. Desde el principio tuvo miedo de alumbrar a una niña y de ser obligada por el marido o su familia a someterla a la ablación. Quería evitarlo a toda costa, y el sólo pensar en ello la intranquilizaba muchísimo. Sintiéndose desamparada, se confió por fin a su marido. Él se mostró muy comprensivo, y le dijo que ella era la madre y por ende la persona que habría de ocuparse del bebé. Le juró incluso sobre el Corán que no permitiría una mutilación genital. Pero luego las cosas fueron muy distintas. Porque Joy dio a luz una niña y la familia de su marido se empeñó en que la joven familia fuera a vivir con

ellos. Era muy difícil hacerse cargo de la educación de una hija sin ayuda, principalmente desde el punto de vista económico. En Nigeria son muy frecuentes las familias numerosas. La del esposo de Joy era también extensa: las hermanas solteras, los hermanos y sus esposas, y los sobrinos. En total unas cuarenta personas.

Para Joy comenzó una época muy dura: la familia empezó a insistir en la ablación de la niña. Las tres cuñadas también le decían que la pequeña tenía que ser sometida a la ablación. Le enumeraron todas las razones posibles: para que se convirtiera en una buena esposa y no en una prostituta, para que fuera limpia y pura, que en esa cultura constituía una gran ofensa decir: «¡Tu mujer no está circuncidada!». Joy se lo contó todo a su marido, pero él le respondió que las mujeres debían ponerse de acuerdo entre ellas.

Joy respira profundamente y continúa su relato. En un primer momento, sus cuñadas querían que la niña fuese circuncidada después de los primeros cuarenta días. Pero Joy no se encontraba bien de salud, de modo que tuvieron que esperar. Cuando la pequeña cumplió los dos años, comenzaron otra vez a presionarla y hablar del tema sin rodeos. Joy estaba sobrecogida, porque la ablación es normalmente un tema tabú.

Joy pidió ayuda a un médico. Él le aconsejó inventar una y otra vez excusas. Por consiguiente, ella afirmaba que la pequeña tenía fiebre y que no se la podía tocar en ese momento. Y después volvía a inventarse otra cosa. Así lograba posponerlo todo el tiempo. No obstante, cuando la pequeña llegó a los dos años y medio, la presión fue tan grande que Joy decidió huir. No porque odiara a su marido, pero él era demasiado débil para rebelarse contra su familia. Joy tuvo que decidirse entre él y su hija. Y decidió salvar a la niña.

Consiguió llegar a Europa después de muchas peripecias. Pagó el billete de tren con su último dinero. Hubiera hecho

cualquier cosa para salvar a su hija de la mutilación genital, porque había oído muchas cosas horribles cuando vivía con la familia de su marido. Como el caso de aquella niña de dos años que había sido mutilada y lloraba siempre que iba al váter; al cabo de un tiempo hubo que llevarla al hospital y volverla a abrir, porque le habían cosido la vagina. Otra niña, que también había sido infibulada, sufrió una grave infección que también debió ser tratada en un hospital.

Joy baja la voz y dice que lo que más la asusta es el modo en que son mutiladas las niñas. Las mujeres que practican la ablación, por lo general ancianas, mutilan a las criaturas sin anestesia. Las víctimas sufren atroces dolores. Sus gritos son insoportables.

Respiro profundamente. Conozco demasiado bien esas prácticas.

–¿Y cómo fue usted acogida aquí en Europa? –le pregunto.

A su llegada, Joy presentó una solicitud de asilo. Explicó a los funcionarios que había huido para preservar a su hija de una ablación. Las autoridades rechazaron su solicitud y decidieron deshacerse de ella expulsándola a Gran Bretaña, dado que ese país había sido su primera escala en Europa. Pero ella había abandonado inmediatamente Inglaterra, porque allí vive su cuñado. Y él sigue insistiendo en que a la niña le sea practicada la ablación; si fuera preciso, en su apartamento. Joy revuelve en su bolso y saca una hoja de papel: un mensaje electrónico que le ha enviado su cuñada. No tiene la menor idea de cómo han conseguido su dirección electrónica. El brazo de la familia es muy largo.

Me entrega el mensaje, que leo enseguida. Los términos son muy claros. Que su hija sólo llegaría a ser una verdadera musulmana si era sometida a la ablación; y que únicamente así podría llevar una vida feliz. Se insiste en la exigencia de que se realice esa intervención, porque es un rito al que todos los miembros de la familia deben atenerse.

Un clan familiar puede ser algo maravilloso. Yo también tengo una gran familia que vive dispersa por todo el mundo: en Holanda tengo un hermano, en Suiza vive mi hermana, en Estados Unidos reside una tía. Aunque estemos tan distantes los unos de los otros, seguimos en contacto. Y si alguien de nosotros necesita ayuda, todos somos solidarios. Pero todos respetamos el estilo de vida de los demás, nadie ejerce tutela sobre el resto. Es magnífico contar con una red semejante. En el caso de Joy, sin embargo, esa red se ha convertido en una trampa.

Releo el mensaje. Joy sólo estará segura en un lugar donde la familia no pueda acceder a su hija. Si la expulsan a Gran Bretaña o África su pequeña correrá peligro. ¿Cómo es posible que las autoridades no se den cuenta? ¿Por qué este próspero continente no tiene un lugar para una mujer y su pequeña hijita?

¿Cómo es realmente la situación general de las solicitantes de asilo en los países europeos? Llamo por teléfono a Corinna y le pido que me prepare las informaciones necesarias. Al cabo de unos días nos reunimos en el despacho.

–Malas noticias –empieza Corinna–. En toda Europa la situación es similar a la de Austria: la mutilación genital no es reconocida de manera automática como motivo de asilo en ningún sitio.

–¿Pero cómo es posible? ¡La extirpación de los genitales a una mujer no puede tener menos importancia que la tortura! –replico indignada. En Europa se concede asilo a cualquier persona que sea víctima de torturas por motivos políticos y demuestre la veracidad de sus afirmaciones. Sin embargo, si una mujer es torturada porque en su país de origen no se la considera un ser humano, por lo visto no es motivo suficiente.

Lea expone los resultados de la investigación referidos a Alemania.

–La jurisprudencia alemana es poco unánime y bastante caótica –dice con un suspiro–. A pesar de que existe una ley que establece que la persecución específica contra las mujeres es también motivo de asilo, en casos aislados y concretos sigue siendo un juego de azar.

Me entrega un par de páginas con un breve resumen que ha escrito sobre el tema. Leo que en Aquisgrán, en 2002, una mujer nigeriana de treinta y seis años y su hija de tres fueron reconocidas como víctimas de persecución política; el considerando de la sentencia expone que en Nigeria el peligro de que las mujeres y niñas se conviertan en víctimas de mutilación genital es necesariamente elevado debido a que el Estado no ofrece protección suficiente. También leo que en Berlín, en 2003, le fue concedido asilo a una solicitante originaria de Guinea, y que en ese caso los jueces basaron su decisión en que: «La práctica es habitual en todas las regiones, etnias o religiones del país. Sin embargo, lo principal es que la mujer no tiene posibilidades de contraer matrimonio mientras no esté consumada su ablación, de modo que no puede refugiarse en una zona segura del país (...). La ablación es una intervención que en intensidad no le va en absoluto a la zaga a la tortura.»

La información es prometedora.

–¡Por fin! –les digo a Corinna y Lea–. Aquí se dice que la mutilación es tan grave como la tortura. La mutilación es tortura.

Sin embargo, Lea acaba de decir que no todos los tribunales alemanes dictan sentencias semejantes. Sigo leyendo: el 2 de diciembre de 2003, en Friburgo de Brisgovia, fue rechazada la solicitud de asilo de una mujer guineana. Lo mismo le sucedió en Oldenburg, en 2003, a una solicitante de asilo procedente de Togo. Según la opinión del tribunal, las mujeres de su edad ya no sufren la amenaza de la mutilación genital. ¿Pero cómo pretende saber eso un tribunal alemán? Con alivio, leo que esa mujer al menos no ha sido expulsada

y que finalmente se le ha hecho justicia. En Frankfort, sin embargo, se rechazó la solicitud de una mujer de Sierra Leona con la siguiente argumentación: «No existe persecución política dado que la MGF es un rito de iniciación cuyo fin es precisamente acoger a las niñas en la comunidad como miembros de pleno derecho. De ahí que no se pueda hablar ni de marginación ni de persecución política.»

–¡Qué absurdo cinismo! –exclamo–. ¡Pero si esto es tremendo! ¡En Alemania, las mujeres se convierten en juguete del capricho de jueces como éstos!

–En Inglaterra las cosas no se presentan mucho mejor –me explica Corinna–. Allí también ha habido numerosos casos de expulsión. En el año 2001, el ministro de Interior británico, lord Rooke, declaró públicamente en el Parlamento que este tipo de amenaza no se considera incluida en la Convención de Refugiados si el gobierno del país de procedencia no apoya oficialmente la MGF.

–¡Pero si da lo mismo que el gobierno la apoye o no mientras las mujeres sigan amenazadas por esa práctica! –replico–. Y las cifras atestiguan que verdaderamente lo están: en mi país más del noventa y nueve por ciento de las mujeres están mutiladas y ni una sola de ellas tiene la menor oportunidad de proteger a su hija de esa violencia.

Corinna me dice que la peligrosa mutilación genital no constituye motivo de asilo ni siquiera para la Convención de Refugiados de Ginebra.

–Espera, todavía falta lo peor –añade–. El ministro de Interior británico ha aducido una razón adicional que resulta aún más increíble. Dijo que en el caso de que la MGF no sea practicada en todas las regiones del país de origen se puede expulsar tranquilamente a la mujer afectada, pues podrá trasladarse a una región donde estar segura.

Claro, pienso. Y recuerdo la conversación con Joy, que es perseguida por su familia incluso en Europa. Si ella se hubiera refugiado en otra región de Nigeria, ya le habrían

practicado la ablación a su hijita. No existen pautas uniformes en ningún país europeo. Las mujeres que han huido de la MGF son expulsadas una y otra vez, expulsadas a la perdición.

Regreso a casa temblando. En Europa vive tanta gente abierta y hospitalaria. ¿Por qué les cierran la puerta a estas mujeres? Tuve que casarme con un hombre al que no amaba sólo para conseguir un permiso de residencia en Gran Bretaña. E incluso el día de hoy he de soportar interminables trámites administrativos antes de cada viaje al extranjero dentro de Europa, y además pedir a mis anfitriones que garanticen todos los gastos generados durante mi estancia, incluso los gastos médicos y hospitalarios.

¿Es realmente posible que no haya aquí un lugar para nosotras?

**A** veces disfruto perdiéndome en el anonimato de una pequeña fonda vienesa que está, por cierto, un poco venida a menos, pero que me seduce con su especial encanto. Pido casi siempre una típica especialidad austriaca, y me divierte mucho observar a los demás comensales mientras como.

En el centro del local hay una mesa de billar. Un hombre cuarentón que sonríe con aires de suficiencia acaba de invitar a jugar a una mujer joven. A pesar de que ella tiene un golpe enérgico y parece dominar el juego, el hombre no deja de fanfarronear como si fuera un maestro, y le explica las reglas o la correcta postura del taco. Otros parroquianos se sienten de pronto alentados a realizar comentarios cínicos. Sólo comprendo algunas palabras sueltas: «la tía cachonda», «ni siquiera contra una mujer».

La joven no se deja amilanar. Con gran maestría, hace desaparecer una bola tras otra. Y los ánimos están cada vez más tensos. Cuando la joven juega por fin la última bola y gana, el tipo ofrece un aspecto de bastante desamparo. No

puedo reprimir una sonrisa irónica y me río directamente en su cara.

–¡Es que a una mujer hay que dejarla ganar! –exclama con ademán arrogante. Los demás hombres asienten con la cabeza.

La joven procura salvar la situación tendiéndole la mano al hombre y diciendo:

–Eres un buen perdedor.

Un buen contraataque, me digo.

–Si yo hubiera jugado como siempre, no habrías tenido ninguna oportunidad. Eso se llama plus femenino –responde él en tono de burla.

Sus amigos beben a su salud y le dan elogiosas palmadas en la espalda.

Esto es tan típico, pienso enfadada. Miro a la joven a la cara. Conozco demasiado bien sus sensaciones: la sensación de no ser tomada en serio, la sensación de ser discriminada, la sensación de estar a merced del esperpento, la sensación de no ser aceptada como mujer. Furiosa, dejo unas monedas sobre la mesa, lanzo una mirada de desprecio a los hombres y abandono el local.

En la calle hay mucha animación. Una joven madre le sonríe al bebé que lleva en un cochecito que va empujando. Unas cuantas mujeres con el pañuelo islámico en la cabeza están enzarzadas en una vehemente discusión. El sol casi se ha ocultado ya tras el horizonte. La escena está bañada de un rojo brillante. Dos hombres jóvenes, parados en la esquina de la calle, me miran fijamente. Quizá me han reconocido. Pero en este momento me da absolutamente igual. Sigo furiosa y consternada por el comportamiento jactancioso de los hombres. La opresión tiene tantas caras distintas...

¿Qué papel juegan realmente los hombres en el tema de la mutilación genital femenina? Y que no me vengan con el argumento de que la mutilación genital es un asunto estrictamente femenino. Eso es un disparate. Al fin y al cabo,

seguimos viviendo en un mundo donde las leyes son hechas por los hombres, donde los líderes religiosos son hombres, donde la economía está en manos de los hombres, en resumen: un mundo donde los hombres tienen la última palabra. ¿Por qué permanecen callados cuando se habla de la MGF?

Muchos hombres con los que he coincidido sabían poco o nada sobre el asunto, porque nunca se habían interesado por ello. Entendían que preservar las tradiciones y cumplir con los preceptos religiosos era su deber. Lo que eso significara en detalle no les preocupaba en absoluto.

Estoy segura de que si queremos erradicar para siempre la mutilación genital femenina, necesitamos también el apoyo de los hombres. Si conseguimos despertar su interés por este tema, habremos avanzado un buen trecho en dirección a la meta.

Unos días más tarde visito a Lea en su apartamento. Me cuenta que la noche anterior tuvo una larga conversación con un hombre africano.

–También hablamos sobre la MGF; ha sido interesantísimo para mí.

Es extraño. La pregunta sobre si a los africanos les resulta tal vez más fácil hablar sobre la sexualidad con una europea no ha dejado de rondarme la cabeza todo el día. Así que estoy impaciente por escuchar la historia que me quiere relatar.

–Cara (nombre ficticio) tiene treinta y un años y es originario de Sierra Leona. Lo conozco desde hace algún tiempo. Vive en un asilo de refugiados privado. Ayer me preguntó por lo que estoy haciendo, y le hablé de la investigación sobre la MGF que hago para ti. Primero se molestó bastante. Le pregunté si en su país las mujeres eran también sometidas a la ablación; asintió con la cabeza y dijo que eso era sin duda mucho mejor para tener hijos. Sin embargo, no sabía nada sobre qué sucedía exactamente ni sobre la manera en que se practicaba la intervención. ¡Si es un asunto de mujeres! Sería una falta de respeto hablar sobre esos temas con una africana.

Lea se pone de pie y va a buscar un vaso de agua.

La falta de comunicación entre mujeres y hombres es precisamente el origen de gran parte del problema.

Lea confirma:

–Cara me ha contado que ya desde niño aprendió que hacer preguntas está considerado una falta de respeto. Que el padre reprimió su curiosidad a golpes. Que las mujeres son en todo caso un tema tabú, incluso las hermanas. Que jamás ha hablado con ellas sobre «cosas de mujeres», como las llama. Que tampoco podía dormir en la misma habitación que ellas. Los chicos y las chicas estaban siempre rigurosamente separados.

–La falta de respeto se considera una falta grave en casi todas las culturas africanas. Se cree que quien rompe las reglas será perseguido por la desgracia durante el resto de su vida –explico a Lea el trasfondo.

–No cabe duda. Ayer por la noche tuve efectivamente la impresión de que Cara tenía miedo de hablar sobre el tema –dice Lea, y saca un papel con notas tomadas durante la conversación–. Sólo al cabo de un cuarto de hora empezó a hacer las primeras preguntas. Quería saber, por ejemplo, en qué consistía exactamente una ablación. Recuerdo la consternación de su semblante cuando le conté algunos detalles. Al principio no me creía, en particular cuando le hablé de los padecimientos físicos de las mujeres. Pensaba que eso no podía ser cierto, porque las mujeres africanas tenían relaciones sexuales, puesto que también tenían hijos. Y que, por consiguiente, suponía que todo tenía que funcionar bien.

Lea se ha ido quedando afónica de tanto hablar, y agrega con gesto disgustado:

–¿Y sabes lo que me contó luego? Que el sexo no es realmente importante para las mujeres africanas, que el sexo es para ellas un mero instrumento para tener hijos. Y que las africanas sólo yacen y soportan con resignación lo que sea. Que las europeas, en cambio, participan activamente en el acto sexual.

Esas frases me hieren en lo más hondo. Pienso en los foros de Internet, en las jóvenes desesperadas que relatan allí sus primeras experiencias sexuales. Cuán desesperada es su situación. Sobre todo, cuando tropiezan con hombres tan ignorantes como Cara.

Cuando al cabo de unos días estoy sola por la noche en el despacho, llaman a la puerta. Es una mujer joven y espigada. Viste tejanos y una camiseta ajustada, y lleva en brazos a una niña pequeña que juega con sus enormes pendientes dorados. Compruebo enseguida que, a sus diecisiete años, ha sufrido ya mucho más de lo que se sufre normalmente durante toda una vida. Tabea (nombre ficticio) quería hablar conmigo. El contacto se produjo a través de una asistente social.

–Waris, tú sabes bien cómo son las cosas entre nosotros –comienza atropelladamente–, no puedes salvarte del rito, no tienes ninguna posibilidad. En aquel entonces, cuando yo era una niña, creía que me esperaba algo verdaderamente estupendo. Todos me contaban una y otra vez que una niña sólo se convertía en mujer gracias a la ablación, y que ese día habría una gran fiesta y que yo recibiría muchos regalos.

Tabea hace una breve pausa. Entretanto nos hemos retirado a un rincón de la habitación. Al parecer, allí se siente más segura.

–Mi madre me despertó aquella mañana antes del amanecer. Al bajar la escalera supe que ese día me ocurriría algo terrible. Le pregunté: «¿Adónde vamos?» No me respondió.

Me habla entonces de su ablación en Somalia. Sus palabras me hacen pensar en mis propias experiencias. La abrazo y acaricio sus cabellos negros buscando darle consuelo. Lloro mientras un temblor le recorre todo el cuerpo. Parece desesperada, se acurruca en el sofá y se queda absorta mirando al vacío. Al cabo de un rato recobra el ánimo y sigue contando:

–Me quedé embarazada y tuve que huir. Mi padre me habría despreciado si yo le hubiera dado un nieto bastardo. Además, mi familia se habría empeñado en someter a mi hija a la ablación. Pensé que mi hija no debía sufrir nada de aquello por lo que yo había tenido que pasar. Desde mi sexto año de vida padezco tremendos dolores físicos como consecuencia de aquella operación. Tengo siempre agudas depresiones. Y continuamente sufro pesadillas: sueño que alguien viene a buscarme. Intento defenderme, pero no lo consigo y he de acompañarlo. Después, en algún momento, aparece una mujer, y enseguida sé que quiere hacerme daño. Intento nuevamente defenderme, pero tampoco esta vez tengo la oportunidad de escapar. Casi siempre me despierto desesperada. El sueño es tan terrible que me alegra despertarme.

–Sé lo que es eso –la interrumpo solidarizándome con su dolor–. Pero al menos has podido salvar a tu hija. ¿Cómo has llegado a Austria?

–Eso fue una verdadera pesadilla. Primero huí a Etiopía, donde di a luz a mi hija. Luego comenzó la huida hacia Europa. Tuvimos que escondernos en un barco. El viaje duró varios días, sin nada para comer ni beber. Después, en Italia, tuvimos que subirnos a la plataforma de carga de un camión y viajar entre montañas de palets. Era un sitio muy estrecho, y desagradablemente oscuro. Yo temblaba de miedo de que nos descubriesen. Por fin, en algún momento llegamos a Linz, y el hombre que nos sacó del camión me intimó con tono áspero y desabrido: «Paga ahora los quince mil euros.» Estaba consternada pues no tenía nada de dinero. El hombre me dijo que en ese caso tendría que trabajar para pagar mis deudas. Me ordenó que fuera con él. Y no pude hacer otra cosa que seguirle. Viajamos durante algún tiempo, atravesamos la frontera hacia Baviera y nos detuvimos por fin delante de una casa de dos pisos cochambrosa. Por fuera no se notaba que se trataba de un burdel. La casa era muy fea también por dentro. En la planta baja había dos sillones rojos en los que

se sentaban los clientes a la espera de que la madam les indicara un número de habitación. La madam era una mala mujer. Siempre que me veía llorar, se reía y decía: «Puedes estar contenta de estar conmigo, con lo fea que eres no conseguirías nunca un hombre cabal, en cambio ahora tienes muchísimos.»

Estuve más de un año en ese burdel, y en ese tiempo tuve unos doscientos clientes. Para los clientes era estupendo que yo estuviese mutilada. Eso los excitaba. Tenía una gran habitación de veinticinco metros cuadrados en el primer piso, con una enorme cama doble y un armario con espejo. El yeso se caía de las paredes. En esa cama aguanté una y otra vez con resignación. La madam me recomendaba como «la circuncidada». Los hombres no tenían ninguna consideración; yo tenía incluso la sensación de que el hecho de que llorara los enardecía. Una única vez un hombre joven dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que yo sufría. Se quedó consternado y se disculpó.

Tabea se traga los sollozos. Las lágrimas no dejan de correr por sus mejillas. Nunca hasta ahora había hablado sobre su martirio.

-¿Y cómo escapaste de allí? -le pregunto en un susurro.

-Decidí escapar el día en que la madam me dio un bofetón sin motivo. Un cliente que iba todas las semanas al burdel me llevó con él.

Me quedo sin habla. La muchacha es tan joven y ya ha tenido que soportar tantas humillaciones. Vive en la clandestinidad: sin papeles, sin posibilidad de obtener un permiso de residencia. Si acude a la policía y denuncia a sus torturadores, ella y su hijita serán expulsadas. Si recurre a los medios de comunicación, habrá de temer por su familia en Somalia, pues los hombres que la han llevado a Alemania saben cómo presionarla.

De pronto se abre la puerta y entra Walter, mi agente. Tabea se estremece. Se pone de pie, susurra una despedida y se dirige a la puerta. Le digo:

-Se trata de un amigo, sólo ha venido a recoger algo.

Se detiene, se vuelve y me pide fervientemente:

-Haz algo para que todo esto acabe. -Y lo repite-: Por favor, haz algo para que todo esto acabe.

Habría hecho todo por ayudarla. Pero no he vuelto a verla desde aquel encuentro. Por desgracia, ignoro su paradero y, pese a mis redoblados esfuerzos, no he podido averiguarlo.